Domingo 12 mayo 2022
El Evangelio de la Santísima Trinidad

Jn 16,12-15

Todo lo que tiene el Padre es mío… El Espíritu tomará de lo mío

El ser humano tiene una tendencia innata al conocimiento y cuando su inteligencia descubre la verdad respecto de cualquier realidad experimenta gozo. Ese gozo es el que impulsó a Arquímedes, cuando descubrió el principio que lleva su nombre, a salir gritando de los baños públicos: «héureka, héureka» (lo he encontrado). Esa alegría la experimenta también un niño, cuando entiende algo por primera vez. ¿Cómo se explica? Se explica por el hecho de que la verdad, lo mismo que el ser de cualquier realidad, son una participación del Ser infinito que es la Verdad absoluta, a quien llamamos Dios. Por eso, el conocimiento de las realidades limitadas debería llevarnos al anhelo por conocer a Dios. Este domingo celebra la Iglesia la Solemnidad de la Santísima Trinidad, que es «el misterio de Dios en sí mismo».

Ya expresaba esto el libro de la Sabiduría, reprochando a las generaciones pasadas haber dado el nombre de dios a realidades inferiores: «Al fuego, al viento, al aire ligero, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa o a las lumbreras del cielo los consideraron como dioses, señores del mundo. Si, cautivados por su belleza, los tomaron por dioses, sepan cuánto los supera el Señor de éstos, pues fue el Autor mismo de la belleza quien los creó. Y si fue su poder y eficiencia lo que los dejó sobrecogidos, deduzcan de ahí cuánto más poderoso es Aquel que los hizo; pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sab 13,2-5).

La inteligencia humana, cuando no está ofuscada por las pasiones y el pecado –condición que no han cumplido las generaciones pasadas, ni las presentes–, puede demostrar la existencia de un Ser absoluto, infinitamente perfecto, que da existencia a todo lo creado. Pero no puede decir nada más sobre Él. Todo los demás, en modo particular, que la sustancia divina sea una sola y ésta sea poseída por tres Personas distintas es inalcanzable al ser humano y lo conoce solamente porque Dios mismo se ha dado a conocer, se ha revelado: «La Trinidad es un misterio de fe en sentido estricto, uno de los “misterios escondidos en Dios”, que no pueden ser conocidos, si no son revelados desde lo alto» (Catecismo N. 237). Esta revelación del Dios verdadero se concedió al pueblo de Israel y alcanzó su plenitud por medio de

Jesucristo. Él es la Palabra de Dios, la expresión plena de Dios concedida al ser humano.

La Biblia comienza con una primera insinuación de ese misterio, mencionando la actividad creadora de Dios, por medio de su Espíritu y de su Palabra: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión…, y un Espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz» (Gen 1,1-3). Reflexionando sobre este texto, dice el Salmo: «Por la Palabra del Señor (Yahveh) fueron hechos los cielos; por el Espíritu de su boca toda su hueste» (Sal 33,6). Pero no se alcanzó el conocimiento pleno de Dios, sino cuando ambas realidades divinas –la Palabra y el Espíritu de Dios– fueron reveladas como Personas divinas distintas.

La Palabra de Dios fue revelada como una Persona divina, cuando se encarnó y se hizo hombre, como lo proclama el Prólogo del Evangelio de Juan: «En el principio era la Palabra; y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios» (Jn 1,1). La Palabra es Dios mismo, una Persona divina, a quien el Evangelio da ese nombre, porque tuvo la misión de expresar –como palabra– a Dios: «La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito… A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, Él lo ha expresado» (Jn 1,14.18). Sabemos, entonces, que la Palabra es el Hijo de Dios, que se hizo hombre en un momento de nuestra historia –habitó entre nosotros– y nos reveló a sí mismo y al Padre: «Yo y el Padre somos Uno» (Jn 1030). Hemos llegado así a saber que la sustancia divina única –el Dios uno– es poseída por dos Personas distintas que se relacionan entre si como Padre e Hijo.

En el Evangelio de este Domingo de la Santísima Trinidad se nos revela que esa misma única sustancia divina es poseída también por una tercera Persona divina, el Espíritu Santo, que se relaciona con el Padre y el Hijo como procediendo de ellos. Esto, en realidad, no pudo ser revelado con palabras humanas, porque es imposible; fue revelado concediendo al ser humano una relación personal con cada Persona divina: con el Padre, como hijo suyo; con el Hijo hecho hombre, Jesucristo, a quien confesamos vivo con nosotros en la Eucaristía; con el Espíritu Santo, sabiendo que es Él quien en nosotros llama a Dios «Padre», no solo como una emisión de voz, sino concediendonos una participación en la naturaleza divina.

La revelación de este misterio es lo que Jesús considera imposible que los apóstoles entiendan, mientras no sea infundida en ellos, en sus corazones, la tercera Persona: «Mucho tengo todavía que decirles; pero ahora ustedes no pueden cargar con ello. Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, los llevará hasta la verdad completa». El Hijo había venido y había cumplido su misión: hecho hombre nos habló en el lenguaje humano y entregó su vida en sacrificio para remisión de los pecados. Pero faltaba la venida del Espíritu Santo, para que la revelación de todo lo que hizo y enseñó Jesucristo se hiciera vida en los discípulos. Antes de la acción del Espíritu –que actúa a su nivel, es decir, en el corazón– no era posible: «Ustedes no pueden cargar con ello ahora».

La igualdad del Hijo con el Padre la expresa Jesús diciendo: «Todo lo que tiene el Padre es mío». Esto no sería verdad si en esa posesión común de todo no se incluyera también la divinidad. El Padre y el Hijo –Jesús– son dos Personas distintas, pero cada una de ellas es el mismo y único Dios, como lo hemos dicho: «Yo y el Padre somos Uno». Pero lo mismo se puede decir del Espíritu Santo, porque –dice Jesús– «tomará de lo mío», es decir, de «todo lo que tiene el Padre», incluida la divinidad. Por tanto, el Espíritu Santo es el mismo único Dios.

«El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina. Es la enseñanza más fundamental y esencial en la "jerarquía de las verdades de fe"» (Catecismo N. 234). No puede, por tanto, un cristiano ignorar en qué consiste este misterio, porque eso sería ignorar aquello en lo que debe creer. El cristiano debe creer que Dios es uno solo; pero en Él tres Personas distintas se relacionan entre sí como el Padre que engendra al Hijo y el Espíritu Santo que procede de ambos, de manera que, relacionandome con el Padre al decirle: «Padre Nuestro…»; o con el Hijo: «Rabbuní, que vea» (Mc 10,51); o con el Espíritu Santo: «Ven, Espíritu Santo», me estoy relacionando con el mismo y único Dios.

Toda nuestra alegría consiste en contemplar al Dios Uno y Trino, fuente de todo el Bien, la Verdad y la Belleza y anhelar gozar de su visión cara a cara por toda la eternidad en el cielo.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles